

vales, 40 millones. ¿Es que España ha puesto más atención y más capital en sus obligaciones civiles? No. Sólo se riega una parte insignificante del terreno que se cultiva; millares de pueblos están incomunicados; no hay escuelas; los maestros cobran aún 500 pesetas; el año último emigraron, por falta de trabajo, más de 300 mil españoles. ¿Es que los presupuestos del Estado son reducidos? Los Presupuestos superiores a nuestras fuerzas, son cada día más altos. ¿Es que el contribuyente no sufraga sus impuestos? Religiosamente. Tanto que es frecuente el caso de obtener ingresos superiores a los calculados. ¿Cómo ha podido, pues, llegar España a esta situación? Millones y millones de pesetas ha pagado el contribuyente español para escuelas y hoy no tiene escuelas; millones y millones de pesetas ha pagado para gastos de Guerra y de Marina y hoy no tiene Ejército ni tiene aseguradas las costas de su patria. ¿Dónde ha ido a parar, entonces, todo ese dinero arrancado al trabajo, a la miseria, al esfuerzo de los españoles? ¿En qué obras se ha empleado? ¿En qué manos se ha perdido?

LA HORA DE GRECIA

El nuevo ascenso de Venizelos al Poder no ha despertado en la opinión el interés que despertó su caída. No ha levantado las tormentas que levantó su apartamiento del Poder. No ha creado las inquietudes, las polémicas, las discusiones que creó su separación del Gobierno. Las gentes que se alarmaron al ver a Venizelos destruido por el rey, han presenciado esta reposición de ahora con manifiesta frialdad. ¿Por qué?

Grecia tuvo su hora en esta guerra. Fué la hora en que cayó Venizelos. ¿No lo recordáis? Inglaterra había dispuesto cruzar los Dardanelos para llegar a Rusia. El paso de los Dardanelos tenía por objeto llevar municiones a los rusos y traer rusos a las trincheras francesas; llevar municiones allí donde sobraban hombres y faltaban municiones, y traer hombres aquí donde faltaban hombres y sobraban municiones. El paso de los Darda-

nelos tenía por objeto unificar la guerra, unificar la acción de los aliados. Para el paso de los Dardanelos, Inglaterra contaba con Grecia. Churchill contaba con la palabra, con el asentimiento, con la colaboración de Venizelos.

¿Qué hizo Inglaterra? Avanzar hacia los Dardanelos, siguiendo el plan apuntado. ¿Qué hizo Grecia? Abstenerse, no colaborar, no prestar el apoyo ofrecido por Venizelos, jefe del Gobierno griego, a Churchill, ministro de Marina del Gobierno inglés. ¿Es que Venizelos al ofrecer su palabra a Inglaterra no contaba con la palabra del rey Constantino? ¿Es que Venizelos, conocedor del espíritu de su pueblo y de su actitud decisiva en favor de la intervención, creía al pueblo más fuerte que al rey, y al rey, por consiguiente, sujeto a la voluntad del pueblo? No se sabe. Lo que sí se sabe es que Grecia no intervino; que Venizelos fué separado del Poder. No se sabe lo que en Grecia pasó entonces. Lo que sí se sabe es que pasó la hora de Grecia.

El paso de los Dardanelos ha sido, como propósito, uno de los mayores aciertos de

Inglaterra; como realización, como práctica, ha sido uno de sus mayores fracasos. Ha perdido en el intento, acorazados, hombres, oro y tiempo. Sobre todo tiempo. El tiempo, que si alguna vez ha sido oro, lo ha sido en estas combinaciones militares de la guerra. Esperando el paso de los Dardanelos, y con ello los hombres traídos de Rusia, se detuvieron o se alteraron las operaciones en el frente occidental. Esperando el paso por los Dardanelos, y con ello las municiones llevadas de Francia, los rusos emprendieron una ofensiva desesperada en la que sacrificaron millares de vidas. ¿Qué hubiera sucedido si Grecia hubiese cumplido su palabra, prestando su concurso a los aliados? ¿Qué hubiera sucedido si los acorazados ingleses hubiesen podido trasladar a Francia, a las trincheras occidentales uno o dos millones de rusos, hombres fuertes, buenos soldados, militares de disciplina, de valor y de corazón? Seguramente los soldados de Joffre hubieran saltado algunas trincheras alemanas, hubieran reconquistado pedazos de su patria que hoy están aún pisados y dominados por el enemigo.

¿Qué hubiera sucedido si los buques ingleses hubiesen podido llegar a las trincheras rusas, abarrotadas de ametralladoras, de bombas de mano, de armamentos? Seguramente Varsovia no estaría en poder de los alemanes; los rusos, provistos de municiones, hubieran avanzado por los Cárpatos.

No es esta guerra, guerra de improvisaciones; guerra de disponer las batallas en el campo de batalla. Es guerra de cálculo, de reflexión, de serenidad; es guerra de números y de líneas. Inglaterra había contado antes de dirigirse a los Dardanelos, los números que necesitaba para el éxito de la acción. Había señalado la línea que era preciso seguir. Y entre los números había fijado la cantidad que representaba Grecia. Y por Grecia pasaba la línea que llevaba a los Dardanelos: ¿Qué sucedió al restar el valor de Grecia y al separar la línea que pasaba por Grecia? El cálculo meditado, ordenado, no pudo tener una concreción real. Lo que quizá hubiera sido un triunfo, fué ya una derrota; lo que quizá hubiera representado un éxito, fué irremediabilmente un fra-

caso. La actitud de Grecia ha costado muchos soldados a Rusia, muchos marinos a Inglaterra. Ha cambiado por completo el orden de la guerra. Ha colocado en tiempos distintos situaciones no previstas. Grecia, al declararse colaboradora de los aliados, beneficiaba a los aliados. Al declararse neutral, perjudicaba a los aliados. Y es que hay neutralidades que, por el solo hecho de ser neutralidades, son parcialidades manifiestas; son beneficio grande para unos beligerantes; son perjuicio y daño grande para otros.

El pueblo griego ha elevado nuevamente a Venizelos. Está ya en el Poder. El Parlamento le ha otorgado su confianza. El rey Constantino le ha nombrado su misión de Estado. ¿Qué hará? A las gentes ya no les interesa saber lo que hará Grecia en este momento. Las gentes saben que los rusos están lejos de sus primitivas trincheras; saben que los aliados de occidente por esperar el paso de los Dardanelos han perdido tiempo, hombres y dinero... Saben también que si Grecia hubiera intervenido no sería seguramente esta la posición de los rusos, ni la posición

de los otros aliados... Saben, en una palabra, que la hora de Grecia dió en el reloj de la Historia...

¿Qué importa que ahora Venizelos vuelva al Poder? Venizelos tenía una misión europea. No pudo cumplirla. Seguirá, siendo, pues, el hombre de Grecia, el hombre que Grecia aclama. Seguirá siendo el alma de Grecia. Pero Grecia no podrá ocupar ya en la Historia el lugar que Venizelos le había señalado. Venizelos no podrá dar a Grecia la representación europea que anhelaba: Venizelos no podrá ser ya en Europa el hombre de Grecia. Porque Grecia, al cruzarse de brazos en el momento que llegó su hora se cerró todos los caminos... La voz de Venizelos ya no se oirá fuera de Grecia. Los pasos de Venizelos no podrán dejar ya su huella fuera del suelo de su patria.

En conclusión. La intervención de Grecia, cuando llegó su hora, antes de caer Venizelos, pudo decidir el fin de la guerra. La intervención de Grecia ahora, cuando no se cuenta con ello, más podría complicar que facilitar la solución de la guerra.

DISCURSOS DE LLOYD GEORGE.—FORJANDO LA VICTORIA

En un volumen se han recogido los discursos de mayor transcendencia que Lloyd George ha pronunciado desde el principio de la guerra. El libro lleva este título: *Through Terror to Triumph*. En la portada resalta el retrato de Lloyd George. Un retrato en el que sólo aparece la cabeza del gran estadista. Esta noble cabeza cuadrada, con el amplísimo campo de la frente, con el fuego de unos ojos plenos de videncia, con el prognatismo revelador de una recia voluntad. Esta noble cabeza que ha de disponer y fijar los destinos de Europa. El lápiz más irreverente no osaría humillar los rasgos de esta cabeza, convirtiéndolos en una caricatura grotesca. La cabeza de Lloyd George no podrá aparecer jamás en los periódicos siendo motivo de risa: el motivo de risa que el lápiz más reverente descubre a diario en la cabeza del conde de Romanones. En la cabeza de Lloyd George se advierte pe-

sadumbre, contenido, solidez. En la cabeza del conde de Romanones, ¿quién advierte algo?

Los discursos de Lloyd George tienen la bella elocuencia de la sencillez. Son claros, concretos, terminantes. No hay en ellos una palabra de más. No falta en ellos tampoco ningún concepto que sea esencial para la comprensión completa del plan del orador. Sin afluencia de ellas o de datos, los discursos de Lloyd George tienen todos ellos la documentación precisa. Sin lirismos, los discursos de Lloyd George exhalan una suave fragancia poética. Son discursos firmes y llenos, como su cabeza.

Para un español, estos discursos encierran profundas lecciones. Busquémoslas. Lloyd George habla a un público compuesto principalmente de hijos del país de Gales. Es su Londres, su *Queens' Hall* el sábado 19 de Septiembre de 1914: los primeros días de la guerra. «Permitidme describiros en una simple parábola—dice Lloyd George—lo que esta guerra va a significar para nosotros. Al Norte del país de Gales, hay un valle que desciende de las montañas al mar, valle magnífico,

dulce, amable, resguardado por los montes contra las fuertes brisas. Los muchachos tenían la costumbre de escalar la colina que domina la villa para descubrir las altas montañas que se levantan a lo lejos y para recibir en su rostro el aire que sopla en las alturas. Nosotros vivíamos hace largos años en valle abrigado, apacible. La mano férrea del destino nos ha colocado en una cima desde la que podemos descubrir las cosas eternas que importan a la vida de una nación. Tanto como vivan los hombres y las mujeres de esta generación, llevarán en el alma la imagen de estos grandes picos montañosos.» ¿Qué quiere decir ello? Esta guerra ha elevado todos los valores morales a un grado: al heroísmo. La constancia, la austeridad, la energía, la disciplina, llevan al hombre a realizar actos de los que antes de la guerra no se le creía con capacidad. El hombre se supera a sí mismo. Lloyd George quiere decir que, cuando la guerra cese, estos valores morales permanecerán elevados al heroísmo en el alma humana. ¿Qué será entonces de aquellos pueblos que, durante la guerra,

han permanecido en el valle abrigado, tranquilo, sin ninguna nueva inquietud espiritual?

Es ahora otro discurso. El pronunciado en Manchester el 3 de Junio de 1915, frente a los obreros organizados para la producción del material de guerra. Lloyd George pone fuego en las palabras. Oidle. «Todo estriba—dice—en confiar ciegamente el destino de la nación en los hombres que componen el Gobierno, o en derribarlos para colocar en su sitio a otros hombres en los que esta confianza puede ser depositada. Cuando los hombres de la Revolución francesa retiraban su confianza a un ministro, seguían con él un procedimiento sumaráisimo, pero hasta llegar a este momento, le obedecían ciegamente. No me importa a mí que con justicia se guillotine, si es necesario, a ministros y a generales; pero mientras se les conserve en su puesto que se les obedezca, y sobre todo que no se les enerve atacándoles por la espalda.» Este problema de la confianza en los hombres que ocupan el Gobierno, a ningún pueblo puede presentarse con más motivo que al pueblo español. ¿Quién

confía aquí en los partidos de turno? ¿Quién no ataca por la espalda a ministros y a generales? ¿Quién no se resiste al cumplimiento de todas las leyes? En cambio, ¿quién se halla dispuesto, perdida la confianza, a jugarse la vida para que guillotinen a esos ministros y a esos generales? La posición de Lloyd George, al pronunciar estas palabras, es la posición del hombre dispuesto a asumir toda la responsabilidad de su obra. La posición que él quiere ver en el pueblo inglés, es la del pueblo capaz de exigir esta responsabilidad. ¿España? En España se busca el empleo, el cargo, el oficio, la representación que tenga menos responsabilidad. Ni los de arriba tienen la responsabilidad de su obra, ni los de abajo tienen coraje para exigir a los de arriba esta responsabilidad. Los de abajo dejan hacer a los de arriba lo que quieran, con tal de que los de arriba aparenten dejar hacer a los de abajo lo que les dé la gana. ¿Quién no ha oído decir cien veces que España es el país de mayor libertad que hay en el mapa de Europa?

No pide Lloyd George únicamente con-

fianza. Pide que, en su puesto, cada inglés eleve a su grado máximo la capacidad de trabajo. Es en un discurso pronunciado en Bristol el 12 de Junio de 1915. «Yo quiero que las tropas sientan—exclama—que, mientras ellas están en el campo de batalla, detrás hay una población civil que cumple igualmente con su deber. Nuestros soldados—continúa—combaten con valentía y Dios sabe todos los peligros que ellos han de afrontar. Cuando reciben la orden de marchar adelante contra el terrible *autillaje* de guerra de un enemigo que ha puesto la ciencia a su servicio, avanzan; no han conocido nunca el temor ni la debilidad. No hagáis, pues, que un día puedan sentir que el espacio detrás de ellos esté vacío y que no pueden esperar refuerzos. Hacedles oír, en los talleres de la Gran Bretaña, el sonido de los martillos sobre los yunques. Ellos dirán: «Nuestros hermanos están detrás de nosotros: ¡adelante!» Esta bella invocación alienta al trabajo. Los obreros ingleses confían en el Gobierno y advierten la urgencia y la eficacia de su labor. Constituyen fuera de las trincheras una organización más fuer-

te que la que lucha en las trincheras. Ofrece Inglaterra en estos momentos el espectáculo de un pueblo responsable ante un gobierno responsable. ¿Qué estímulo no serían estas palabras para los españoles si nos decidiéramos a salir del valle apacible, ascender a la colina. recibir en el rostro el aire de las alturas y ver en los picos más altos de las más altas montañas los valores fundamentales de la vida?

Otros discursos sugerentes y otros conceptos evocados de Lloyd George hay en este volumen. Algún día, tal vez, hagamos sobre ellos nuevos comentarios. Por hoy basta con los transcritos. En ellos queda el ejemplo vivo del hombre que más voluntad y más inteligencia viene consagrando al triunfo de una causa henchida de justicia. Aprendamos en él.

CARA AL PELIGRO.
LA HORA DE ESPAÑA

Un pueblo que se pone en pie

Ha llegado para España la hora decisiva. La hora que todos temían que llegara. La hora que todos los que tenían ojos en el espíritu veían llegar inexorablemente. Alemania, después de humillarnos cien veces; después de habernos hundido todos los barcos que han pasado al alcance de sus submarinos; después de haber intervenido en nuestra política y en nuestro pensamiento, comprando con dinero hombres y periódicos; Alemania, después de haber tenido durante la guerra la mano en el cuello de España, ahora le para el pie en la cabeza. ¿Qué otra cosa, si no, es esta Nota enviada a los países, que, acogiendo al derecho de todos los pueblos, vivían en declarada neutralidad?

Esta Nota es definitiva. Los Estados Unidos han contestado a ella en la forma que debía hacerlo una nación fuerte y digna. Ha entregado sus pasaportes a los

embajadores de Austria y Alemania. Ha apresado los buques alemanes anclados en puertos de Norte América. Ha dispuesto la continuación normal de su tráfico marítimo, proponiéndose armar o convayar los barcos que ondeen el pabellón nacional. Ha declarado por boca de Wilson y desde el Parlamento, que se acudirá a todos los medios necesarios para proteger la marina americana. Más. La Nota alemana ha producido en los Estados Unidos el efecto que cualquier agresión de esta naturaleza ha de producir en todo país que tenga conciencia de su soberanía: ha borrado todas las tendencias de separación, ha fundido todos los partidos, ha unido todas las almas. ¿Y España? España, para cuya nación, la Nota alemana es más conminatoria, más violenta, más dura, más grave... España, en esta hora decisiva de su vida y de su historia ¿qué hace, qué piensa, qué dice, qué decide, qué contesta?

*El pueblo que esconde
la cabeza entre las alas*

La situación creada en España por la Nota alemana es la siguiente. Es la situa-

ción a que queda sometido un pueblo al que otro pueblo impone su voluntad. ¿Nos sometemos? Pues hay dentro de este orden material de cosas, la exposición de que el pueblo que nos ha impuesto la suspensión del tráfico marítimo nos imponga la suspensión del tráfico terrestre, y que no sea entonces la zona del Mediterráneo y del Atlántico la prohibida a España sino que sea igualmente la zona de los Pirineos. ¿Qué hacer entonces? Suspender desde un principio, dicen los germanófilos, toda relación comercial con Inglaterra y Francia; extender nuestro comercio a América, para el que, según los germanófilos, los alemanes nos dan carta blanca.

Aparte de que ello es ya una humillación; aparte de que ello es ya la pérdida absoluta de nuestra soberanía; aparte de que ello significa el hacer, no lo que queramos hacer, sino lo que nos dejan, lo que nos consientan, lo que nos toleren hacer, es que, cuando menos, es esta una solución egoísta, pero conveniente? No. Negarse a comerciar con Francia y con Inglaterra es avenirse a destrozarse la vida económica de España. Es decretar el cie-

rre de muchas fábricas, la miseria de muchas regiones, el desamparo de muchos hombres. Es causar a España más daño que el que la misma guerra pudiera causar. ¿América? ¿Extendernos a América? Afirmar esto es no haber entrado en la entraña de la Nota alemana. Alemania no ha dado la Nota para asegurar el bloqueo hecho a los aliados. No. Alemania ha dado la Nota para imponer el terror a los neutrales. Para que estos levanten la voz. Para que estos se interesen en el fin de la guerra. Para que estos pidan la paz. Para que estos la impongan. Y este terror lo intensificará Alemania, no sólo torpedeando los barcos que vayan a Inglaterra o a Francia, sino torpedeando todos los barcos neutrales que se pongan al alcance de sus submarinos. Los torpedeará a todos, vayan a donde vayan, lleven lo que lleven. ¿No es un avance de este propósito el torpedeamiento del «Tavira», prestando servicio de cabotaje, cargado de cemento, navegando de San Sebastián a Vigo?

Esta es la situación creada a España por la Nota. La situación real de España para responder a ella es la siguiente. Un

Estado oficial sin crédito; un Estado oficial sin autoridad para abrir un empréstito ni para imponer un tributo. Un ejército desorganizado, desarmado, sin competencia, sin audacia. Una administración rutinaria, incapaz. ¿A dónde ir con todo eso? Luego un pueblo, no desorientado, sino, como decía Unamuno, mucho peor: un pueblo desoccidentado. Un pueblo en el que hay un pequeño grupo de germanófilos y otro pequeño grupo de aliadófilos y una gran masa, indiferente a todo, insensible a todo; una gran masa que lo que quiere es que no se haga ruido, que nadie se mueva; una gran masa resignada, humillada, envilecida. Una gran masa, para la cual los aliadófilos son los intervencionistas y los germanófilos los neutralistas. Una gran masa que haría la guerra por no ir a la guerra.

Y la existencia de esta realidad española es lo grave de España en estos momentos decisivos. La existencia de un pueblo que cierre los ojos, que se cruce de brazos, que baje la cabeza. De un pueblo que se resigne a todo: a la humillación de fuera y al desgobierno de dentro; a no de-

fenderse dignamente contra los ataques de Alemania ni a sublevarse virilmente contra las ineptias y las inmoralidades del Régimen; a no rebelarse contra los dictados del kaiser, ni a armar contra el rey una cruzada de rehabilitación nacional. Esta realidad española es el mayor enemigo que hoy se levanta contra España. ¿Cómo vencerlo? ¿Cómo infundirle un espíritu nuevo? ¿Cómo decidirlo a seguir por el camino que siguen los pueblos que quieren dejar en la Historia el testimonio de su dignidad y de su independencia. No es la agresividad de Alemania la que atenta contra el porvenir de España. Es la pasividad de los españoles.

La sombra de Pi y Margall

Ante el silencio del Parlamento, despiértase el recuerdo de Pi y Margall. Evócase su actitud en los momentos de la guerra de Cuba. En aquellos momentos en que de las ciudades y de los campos, de las chozas y de los palacios, de la derecha y de la izquierda pedíase la lucha. Pi y Margall entonces, sólo, sólo contra todos alzó su voz. No quería la guerra, sino la paz.

No pedía el castigo de los insurrectos, sino su independencia. La multitud que se rebeló contra él, después, vencida, vendida, hubo de darle la razón. El pueblo que lo denostó, con la llaga de la derrota abierta en el alma, hubo de dolerse más tarde de no haberle creído, de no haberle seguido, de no haber puesto en sus consejos devoción religiosa.

¿Que haría ahora Pi y Margall? Entonces había voluntad en la calle: voluntad torcida, equivocada, errada, sí. Pero había voluntad. Hoy no la hay. Entonces había fuego en la calle. Hoy hay hielo. Entonces sólo había un elemento que tuviera el mismo valor que ahora: el desgobierno y la desorganización del Régimen. ¿Qué haría en este momento Pi y Margall? ¿Se sometería a lo que Alemania impone a España? ¿Se conformaría en bajar la cabeza, en cerrar los ojos, en cruzarse de brazos, en hacer lo que quisieran dejarnos hacer, en conservar la neutralidad que nos permiten conservar? ¿Qué haría ante la situación vergonzosa de nuestro Estado oficial, ante la situación dolorosa de nuestro Estado vital? ¿Qué haría? ¿Votaría por

la intervención, guardando como los Estados Unidos la posición que conviene a un pueblo digno y fuerte? ¿Clamaría por la Revolución, viendo que la fortaleza no la tenemos, y que la dignidad pudiéramos salvarla acabando con la monarquía que nos ha privado de fortaleza? ¿Qué haría ante el pueblo quieto, ante el Régimen podrido?

Pi y Margall, como aquél patricio de los últimos días de Roma, tal vez se cubriría la cara con el manto escondiendo su dolor y su vergüenza. La pendiente por donde rueda hoy España es más rápida que la pendiente que despeñó las últimas piedras del Imperio Romano.

Cara al peligro

Desde la hora que comenzó la guerra europea, nosotros dijimos que España desertaba su deber. Y que por huir de él, la guerra podía llegar un día que la envolviera. Este día ha llegado, echando en la balanza nuestra suerte. ¿Creen que escaparían de ella los que dicen que no la quieren? Piensen que Alemania lo que anhela es infundir el terror. Ha comenzado

por dar la Nota. Seguirá torpedeando los barcos que vayan a América. Terminará, si le conviene, acercándose a nuestras costas y cañoneando los trenes del litoral que le parezca pueden transportar a Francia mercancías españolas.

Desde la hora que comenzó la guerra europea, nosotros dijimos que el estado del Régimen creaba a España una situación de inferioridad. Que no había Ejército, ni Marina, ni Administración. Que estos organismos no tenía el Régimen autoridad, ni capacidad para crearlos. Que había de agitar a la gente contra él. Que había de sublevarse a los hombres contra él. Que había de hacerse, como quien hace una obra santa, la Revolución. Una Revolución que fuera el principio de una Reconstitución. ¿Piensan seguir oyendo las palabras todos los que confirman ahora la realidad de los hechos?

Cara al peligro estamos y cara al peligro decimos:

Primero: intervención armada, no es posible. Pero es posible salvar nuestra dignidad, entregando los pasaportes a los embajadores de Alemania y Austria. No

podemos ir contra los países que representan: por esto no vamos a la intervención. Pero no queremos vivir con ellos que nos han ofendido, que nos han hecho morder el polvo: por esto cortamos con ellos toda relación.

Segundo: o prohibición terminante de salida de nuestros barcos en la forma que hoy salen o custodia de estos barcos defendiéndolos y salvándolos de las agresiones submarinas. O amarrarlos o armarlos.

Tercero: agitación intensa y organización rápida del pueblo para cambiar el Régimen inmediatamente que cese el actual estado de cosas. La elevación de España exige el hundimiento de la Monarquía.

Cara al peligro estamos y cara al peligro, esto sostenemos. Y conste que no pretendemos salvar nuestro deber alegando que lo hemos dicho. Pretendemos salvar nuestro deber llevando nuestro poder a la altura de este deber. No alegando que lo hemos dicho sino demostrando que hemos puesto toda el alma para hacerlo.

REVISION DE VALORES.—FRANCIA

«Azorín» ha sido uno de los escritores españoles que con más amor ha acercado su corazón al corazón de Francia. Desde el principio de la guerra, «Azorín» levantó bandera por la causa de Francia. Y su pluma salió al paso del que elogiaba la ciencia, creyéndose elogiar a Alemania, demostrándole que los hombres más preclaros de la ciencia llevan nombre francés; y su pluma encauzó los extravíos que el fanatismo producía en el ánimo de las derechas, enseñando como el catolicismo y Alemania seguirán siempre en la vida dos caminos divergentes; y su pluma despertó todas las inquietudes del espíritu, sublevándose contra los que hablaban de la organización germana y diciéndoles que él trocaría la fuerza de toda esta organización, por la belleza de una página cualquiera arrancada de un libro cualquiera de Montaigne.

Pero «Azorín», acercado su corazón al